



ESTATUA DE POUSSIN.

Nuestros lectores conocen varios cuadros de este célebre paisajista francés, por las copias que alguna vez hemos hecho de ellos por medio de los grabados de nuestro SEMANARIO. La patria en que vió la luz primera este artista famoso, menos ingrata que lo es generalmente la nuestra con los ingéños que en ella nacen, ha honrado la memoria del pintor con una bella estatua de mármol, obra de Mr. Julien, de la que podrá formarse una idea en vista del grabado que encabeza estas líneas.

#### UNA TERTULIA EN CASA DE VICTOR HUGO.

Es imposible contemplar sin un profundo sentimiento de dolor y de pena, la deplorable caída de ciertos hombres, que levantados á inmensa altura por el poder solo y legítimo de su génio, prefieren descender de ella, y revolcarse en el sucio fango de las pasiones y de las miserias humanas, á mantenerse allí incólumes é inmaculados. La multitud que los miraba como sus ídolos, como semi-dioses, se sorprende primero, se irrita después al ver que los que reverenciaba son seres del mismo grosero barro de que ella está formada; que tienen

sus propios instintos, sus propios impulsos, é idénticas y mezquinas aspiraciones. Entonces, juzgándose burlada, befa y silba á los mismos á quienes antes creía divinidades.—Esta es la historia, la tristísima historia de muchos, de infinitos hombres, antiguos y modernos, que esclavos de la ambición, no han sabido contentarse con los laureles literarios, con la pura y refulgente aureola de la poesía; y se han lanzado, al revés de Icaro, pero con igual resultado, desde el cielo á la tierra: esta es la historia,—haciendo ya las aplicaciones adecuadas á mi objeto,—esta es la historia reciente y lastimosa de Lamartine y de Victor Hugo.—Aquel era lisa y llanamente el primer poeta lírico de nuestro siglo; este el hombre de mas génio y de mas imaginación de la Europa.—Gigantes literarios los dos, prefirieron sin embargo ser pigmeos políticos, y cortando sus alas bajaron desde el templo elevado de la inmortalidad, al lodo repugnante del mundo. Al uno le pareció poco ser el autor de *las Meditaciones* y de *Yocelyn*, y quiso serlo de los *Girondinos* y de la revolución de febrero; al otro no le pareció bastante haber escrito *Hernani*, *Lucrecia Borgia*, *Nuestra Señora de París*; y para completar su gloria se hizo periodista y orador demagogo!—¡Tristes, deplorables aberraciones del espíritu humano! ¡Funesto destino de la época actual!

19 DE ENERO DE 1851.

Pero si Lamartine y Victor Hugo han perdido su popularidad y su prestigio á los ojos del vulgo, todavía las inteligencias elevadas y los corazones generosos los contemplan con admiración y respeto: todavía, apartando los ojos del hombre, se fijan con interés en el poeta: todavía, en fin, brilla y resplandece en ellos esa llama divina, que fulgura sus rayos sobre sus cabezas.

Condenados hoy por los que los ensalzaban ayer, arrojados del pedestal que les había erigido el universo, insultados y ridiculizados por los mismos que antes coronaban de laurel su frente, proscritos y combatidos por sus antiguos amigos, los dos deben haber devorado grandes amarguras y grandes desencuentros. La situación de Lamartine especialmente, rodando del poder, como los Titanes que quisieron escalar el cielo, es más terrible aun que la de Victor Hugo, pretendiendo subir á él: este sueña y sonríe aun con el porvenir, y aspira á cambiar su magnífica corona de poeta por el vano título de ministro; aquel vuelve la vista tristemente á lo pasado, y siente haber trocado la suya por el falso oropel de la dorada silla. Con esa ceguera, atributo no solo del amor sino también de la ambición, el ejemplo del uno no alecciona al otro, y entrambos siguen igual senda, que ha de llevarlos al propio precipicio.

En las diferentes ocasiones que he estado en París, nunca hasta el año último me propuse tratar á Victor Hugo: dos ó tres veces me le habían enseñado á lo lejos en una sesión del Instituto, y un día de recepción en la Academia francesa; pero en el apogeo de su gloria y de su grandeza me inspiraba menos interés, menos simpatía, que ahora, cuando él mismo se ha arrojado al suelo desde el elevado pedestal donde debía vivir ajeno á las miserias y á las pequeñeces del mundo. — Quise ver, pues, á aquella divinidad caída; quise admirar á aquel astro eclipsado, y recordando que los domingos por la noche solía recibir en su casa el autor de las *Orientales*, solicité el honor de serle presentado.

Supónese generalmente á Victor Hugo vano, orgulloso, poco accesible: yo no puedo participar de semejante opinión, pues se mostró conmigo amable, cortés y atento en extremo. Verdad es que entre los infinitos curiosos que le visitan, distingue siempre á los españoles, á quienes profesa singular afición por creerse el mismo casi compatriota nuestro; pero esto no impide que yo le esté altamente agradecido por la cordial acogida que me dispensó. — La noche que yo le fui presentado no pensaba recibir el ilustre poeta, afligido por la situación de Balzac, su íntimo amigo, que se hallaba en sus últimos momentos; y sin embargo, sabiendo que debía yo marchar de París dos días después, faltó en obsequio mío á su propósito, é hizo abrir sus salones á última hora. La reunión se resintió sin embargo de esto y fué poco numerosa; en cambio era bastante original. — Componíanla únicamente el secretario y un agregado de la embajada turca; un revolucionario italiano, que había formado parte de las banderas de Garibaldi; el conocido literato Mr. Augusto Vacquerie, comensal ordinario de Victor Hugo; y el Sr. D. Carlos de Algarra, que tradujo un drama *D. Rodrigo Calderón* representado en el teatro del *Odeon*; y otras dos ó tres personas, entre ellas un inglés. Inútil es añadir que la esposa del célebre poeta hacia los honores de su casa, acompañada de su hija, linda y candorosa niña de tres lustros, y de sus dos hijos, de los cuales el mayor, de 20 años, acaba de ser herido en combate con un redactor del *Corsario*, Mr. Viennet, por una causa meramente política.

Victor Hugo dejó hace algún tiempo su antigua habitación de la Plaza Real, y fué á instalarse en el centro de París, en la calle de Latour d'Auvergne, barrio de las *loretas* y otras gentes de la misma calaña, donde ocupa un piso principal, adornado de la manera mas pintoresca, por no decir mas rara. Allí casi todo es antiguo, casi todo *moyen age*: las cortinas de las puertas recuerdan las tapicerías de los castillos feudales; las ventanas tienen adornos góticos, y muchas vidrios de colores; los sillales son del mismo gusto, y aguarda uno ver ocuparlos á alguna altiva castellana de tiempo de las cruzadas; en las paredes, al lado de una buena pintura de Van-Eyck ó de Rubens, se ven armas moriscas y trofeos militares. Aquí hay una mesa de pórfido, junto á un lecho romano; allá un diván oriental dominado por un escudo árabe; mas lejos un jarrón etrusco, descansando sobre una consola moderna. Esta anarquía, este desorden en los muebles y en las épocas, si no es de buen efecto siempre, dá á la casa la apariencia vistosa de un museo de curiosidades.

Cuando entré en el salón de tertulia, se hallaba ausente Victor Hugo, que había ido á despedirse del moribundo Balzac: la vizcondesa su esposa, dama de esquisito buen tono, y de notable hermosura todavía, á pesar de sus cuarenta primaveras, sostenía la conversacion con tanto ingenio como amenidad: á los turcos les hablaba del Gran señor; al italiano de una herida que iba á curarse en París; á Mr. Vacquerie de la irreparable pérdida del ilustre novelista, que aquella misma noche iba á espirar.

—Yo particularmente, exclamaba madama Victor Hugo, debo estarle reconocida: no ha poetizado y rehabilitado él á la mujer de 40 años?..

Después, dirigiéndose al partidario de Garibaldi, joven simpático y

elegante, y que hablaba el francés como un parisiense, añadió:

—¿Dónde fué V. herido, caballero?

—En la retirada de Roma, señora vizcondesa;—contestó el democrata, que no perdía ocasión de tributar este título aristocrático á la esposa del gran poeta, sin acordarse sin duda de que la república francesa los abolió todos desde el principio.

—Herida gloriosa,—dijo con énfasis el joven Carlos, hijo mayor de Victor-Hugo,—y da que debe V. envanecerse!

Figuróseme que en el rostro espresivo y burlesco del italiano aparecía una leve sonrisa irónica, que yo traduje de esta manera:

—Sin embargo, hubiera celebrado infinito no tener que envanecerme de ella.

—¡Ay! repuso el guerrillero, muy satisfecho de haber llamado atención á la atención de los presentes; aseguro á V., señora vizcondesa, que fueron aquellos días terribles é inolvidables. Hostilizados, perseguidos por todas partes, carecimos de reposo, de pan, hasta de agua. A cada instante perdíamos un amigo, un hermano; las infelices mujeres que no habían querido separarse de sus maridos, caían exánimes de fatiga y de hambre. Muchas espiraban en los caminos ignorados por donde huíamos; otras se quedaban enfermas en los pueblos, para sufrir una suerte aun mas espantosa. Pero entre todas aquellas desventuras, ninguna tan digna de compasion como la esposa de nuestro general, el valiente Garibaldi.

—¿Por qué? preguntó Mlle. Hugo con los ojos ya arrasados en llanto.

—¿No sabe V. su historia, señorita? replicó el italiano:—es una verdadera tragedia!

—Cuéntela V., cuéntela V., caballero; dijo uno de los turcos con visísimo interés.

—Habíamos llegado á cierta miserable aldehuela,—comenzó á decir el guerrillero,—después de una marcha de doce horas, que rindió hasta á los hombres mas fuertes y briosos.—La esposa de nuestro general era la única que nos seguía ya; las otras ó habían muerto en el camino, ó quedándose enfermas en los lugares del tránsito. Pero al arribar allí la heroica mujer devorada por una ardiente calentura, tuvo que meterse en la cama, y el médico, que por caridad vino á visitarla, nos dijo que respondía de su vida si se le dejaban dos ó tres días de reposo y de sosiego.—Garibaldi creía haber desorientado á sus implacables perseguidores, y resolvió permanecer en aquel pacífico asilo hasta que su esposa se aliviara. Recojimosnos todos aquella noche, y cuando comenzábamos á gustar las delicias del sueño, nos despertó el aviso del vigía que teníamos colocado en una eminencia, el cual nos anunciaba la proximidad de las tropas austriacas.—Lanzamos un grito de terror y de angustia, y nos dispusimos á emprender nuevamente nuestra fuga, mientras el general corría al miserable lecho donde reposaba placidamente su consorte. Su primer pensamiento fué huir llevándose en brazos; pero acordóse de la siniestra profecía del médico, y varió de plan. Llamó entonces á los dueños de la casa; entrególes las pocas monedas que conservaba, su reloj de oro, y hasta las charreteras que en tiempos mas prósperos lucía en las calles de Roma, en las revistas y en las paradas.

—Amigos míos,—les dijo derramando la primera lágrima que le he visto verter nunca;—amigos míos, os confío cuanto poseo en el mundo; mi esposa á quien idolatro, y hasta mi último *carlin*. Ocultadla de mis perseguidores, y cuidadla mucho... Ved que es mi único tesoro!

Los aldeanos prometieron obedecerle, guardando el oro, el reloj, y las charreteras; y nosotros emprendimos de nuevo la fuga por sendas casi impracticables.—Al cabo de una semana, espiándonos el general y yo á ser sorprendidos veinte veces, volvimos á la aldea á buscar, á recobrar el precioso depósito que dejáramos en poder de los rústicos: pero estos, trémulos y balbucientes, nos dijeron que la enferma había espirado la propia noche de nuestra huida. Garibaldi no exhaló ni siquiera un suspiro; quedóse inmóvil, absorto, petrificado; y yo, tomándole entonces por la mano, le arrastré lejos de aquella casa, donde había perdido cuanto le quedaba en el mundo.—A la salida del pueblo, encontramos al médico que nos reconoció al punto, y vino á hablarnos.

—¿Qué espantosa desgracia, señores! exclamó levantando los brazos al cielo.—¿Es posible que haya en la tierra gentes tan perversas ó tan miserables?

—¿Por qué? pregunté yo con un presentimiento terrible.

—¿No lo saben VV. aun? añadió el pobre doctor estremeciéndose. Los infieles á quienes VV. confiaron la señora enferma, tuvieron miedo de los austriacos, y en cuanto VV. marcharon abrieron una profunda fosa, y enterraron viva á la desventurada.

Todos cuantos oíamos la narración del italiano lanzamos un grito de horror.

—El general—continuó aquel—furioso, frenético, desesperado, corrió á la casa de donde acabábamos de salir; pero no encontró ya á nadie. Todos se habían escapado, ó escondido, temerosos del castigo que merecía su odioso, su incomparable crimen. Garibaldi, cayendo en seguida en una postración profunda, muy semejante al idio-

tismo, se dejó conducir por mí, y le coloqué sobre el caballo que la víspera habíamos cogido en una granja.

— ¡Ay Dios mío! exclamó la hija de Victor Hugo con su candor y su gracia infantiles. — ¡Qué cosa tan horrible es la guerra! ¿No habría algún medio de suprimirla?

Esta ocurrencia, tan inocente y tan natural, nos hizo sonreír á todos los que nos estremecíamos poco antes.

Entonces entró en el salón Victor Hugo; venía triste y afectado, porque á pesar de sus diversas tentativas, Balzac, moribundo ya, no le había conocido, no había estrechado su mano.

— ¡Triste destino de la humanidad, señores! dijo el ilustre escritor después de saludarnos. Balzac muere á poco de conseguir lo que durante su penosa existencia había deseado ardientemente: ser rico. Si: á pesar de su talento, de su reputación, de su gloria, Balzac fué siempre pobre. — Y ¿saben VV. por qué muere á los cincuenta y un años, cuando sus votos estaban satisfechos, cuando poseía una esposa que le amaba, fausto, opulencia, y hasta un título? — ¡Por haber trabajado tanto antes!!

En seguida Victor Hugo lanzó dos ó tres sangrientos epigramas contra la Academia francesa, que ha dejado morir al eminente novelista sin abrirle sus puertas, sin colocarle en el número de sus cuarenta *inmortales*.

— En cambio, añadió amargamente volviéndose hácia mí, ¿conoce V. á Mr. Patin, á Mr. Flourens, al duque de Noailles, hombres muy célebres en sus casas? Pues todos ellos son académicos, mientras Balzac, que era célebre en la Europa entera, ha huido á la tumba sin serlo. — ¿Qué importa, si lo será en la primera elección Mr. Nissard, el célebre Mr. Nissard, de quien no habrá V. oído hablar nunca, en oposición con Alfredo de Musset, el culto, el ingenioso, el filosófico poeta, de quien todo el mundo ha oído hablar?

Esta profecía — y permitaseme la digresión — se ha visto recientemente realizada.

Lanzado en el camino de los epigramas y de los sarcasmos, Victor Hugo los asestó contra el presidente de la república, contra Mr. Baroche, ministro de lo Interior, contra su siglo, y contra su nación.

— Señores — dijo dirigiéndose á los dos turcos — á qué tiempos



(Victor Hugo.)

habremos llegado, cuando la Turquía es hoy mas humana y mas liberal que la Francia!

El hizo justísimos elogios de la noble y generosa conducta del Sultán en la cuestión de los refugiados húngaros. — Luego, volviéndose hácia mí, me habló largamente de la España; de su niñez que pasó en Madrid, siendo gobernador de Guadalajara el general Hugo, su padre; de la casa del príncipe de Masserano que habitaban en la calle de la Reina; de sus impresiones y de sus recuerdos infantiles, pronunciando como parte de estos algunas frases en castellano. Por último, conmemoró otro viaje que hizo á las provincias Vascongadas en 1844, expresándose con vivo entusiasmo acerca de las costumbres sencillas y puras de aquel país, de su dulce clima, y de su magnífica vegetación.

— Nada he visto en mis viajes, me decía, tan pintoresco ni tan lindo como Pasages, á no ser el lago de Ginebra. — Y van VV. — añadía dirigiéndose á los españoles en general, — van VV. á visitar la Suiza, teniendo otra Suiza aun mas bella en su patria!

Llegó después su turno á la política, y Victor Hugo y su hijo Carlos se espresaron cual dos demagogos furiosos, cual dos rojos *pur sang*. Después de haberse desahogado bastante en aquel terreno, y conociendo sin duda que la materia no era agradable á algunos de los oyentes, varió el ilustre poeta nuevamente de conversacion.

— ¿Y se acuerda alguien todavía de mí en España? me preguntó con acento melancólico.

— Nadie le ha olvidado á V., respondí. — Pero todos deploran que en vez de odas escriba V. artículos de periódico, y en vez de dramas discursos parlamentarios. En una palabra, todos sentimos que haya V. abandonado el culto de esa virgen hermosa é inmaculada que se llama la poesía, por entregarse al de esa torpe y bastarda prostituta, que se llama la política.

— ¡Ay! contestó Victor Hugo exhalando un hondo suspiro; he obedecido al contagio de la época; me he visto arrastrado por el torrente de la opinion. Di el primer paso en la Cámara de los Pares, y Dios solo sabe dónde dará el último!

Y lanzó un nuevo suspiro: sin duda comparaba en aquel instante sus verdes laureles, su destlustrante aureola de gloria, la admiración unánime del universo, con los venenosos ataques de los diarios franceses, con las crueles caricaturas de los periódicos satíricos.

Antes de separarnos manifesté al sublime escritor la satisfacción que tendría en poseer algun autógrafo suyo, dos, cuatro versos escritos de su mano; y él, con la amabilidad, con la galantería que no desmintió un solo momento, ofrecióme enviar á mi hotel lo que le pedía.

Eran las doce de la noche cuando los que habíamos asistido á la tertulia de Victor Hugo, salíamos de su casa: aguardaba á los dos turcos en el patio un magnífico coche con dos soberbios caballos árabes; el partidario de Garibaldi no tenía carruaje alguno ni malo ni bueno.

—Señores, nos dijo á Algarra y á mi con alegre franqueza, pueden VV. darme un cigarro?

Ambos le hicimos presente nuestro sentimiento por no poder complacerle, en atención á no ser fumadores.

—Veré si soy mas feliz con los turcos; repuso haciéndonos un gracioso saludo.

Parece que los turcos no fumaban tampoco, pues un instante despues de haberles dirigido igual peticion por la ventanilla del coche, volvió á acercarse á nosotros el italiano, y nos dijo alegremente soltando una estrepitosa carcajada:

—La Turquía está tan desprovista como la España de tabaco!  
Y se alejó rápidamente, tarareando una cancion guerrera.

Dos dias mastarde recibí de parte de Victor Hugo la carta y los versos con que voy á terminar este artículo, y por los que dentro de cien años pagaria cuanto se quisiera un lord inglés, ó un príncipe ruso:

Dice así la carta:

«J'ai, en fin, Monsieur de Navarrete, un instant, et j'en profite pour vous obeir. Croyez que j'ai été bien heureux de serrer la main qui a écrit de si belles pages.

Tenez l'assurance de ma plus vive cordialité.

VICTOR HUGO.»

Hé aquí ahora los versos, completamente inéditos:

.....Espagnols! soyons frères!  
Echangeons nos grandeurs! Du mème laurier d'or  
couronnons, vous Corneille, et nous Campeador!  
Fils du mème passé, la gloire est notre mère,  
car vous avez l'Achille, et nous avons l'Homere!

No he creído necesario ni conveniente traducir la carta ni los versos: lo primero porque el idioma francés es ya bastante familiar en España; lo segundo, porque nunca tendré la osadía de querer interpretar dignamente los sublimes pensamientos de Victor Hugo.

RAMON DE NAVARRETE.

## LOS CORREOS.

Petits auteurs d'un fort mauvais journal,  
Qui d'Apollon vous croyez les apôtres  
Pour Dieu tâchez d'écrire un peu moins mal,  
Ou taisez-vous sur les écrits des autres.  
ROUSSEAU.

Nadie ignora que para que uno llegue á ser médico, debe haber estudiado cuando menos, bien ó mal, medicina, así como para ser abogado, leyes. Todas las profesiones, todas las carreras requieren lo que llamamos principios, haberlas cursado: es decir, que antes de ser algo necesita el hombre hacer que estudia diez ó doce años en universidad, ó probar, no importa el cómo, que efectivamente ha estudiado. A veces, no hay duda, es escusado este trabajo, el de hacer que se estudia y el de hacer ver que se ha estudiado, porque hay otros dos medios mas positivos de conseguir unas borlas de doctor, ó de ser una celebridad dramático-literaria, que el de devanarse los sesos sobre los libros. Poco versado estará en los negocios de este mundo positivo el que no conozca que estos dos medios son la proteccion y el dinero. No hay hombre sin hombre, dice el adagio, y tambien se han hecho proverbiales aquellos dos versos de un poeta satírico:

Poderoso caballero

Es don dinero;

de donde podemos deducir que

El hombre á quien asiste

Un buen bolsón de mejicana fruta,

Aunque sea un patán nada resiste,

comó dijo con alguna variacion otro vate, del mismo modo que aquel,

De magnate opulento protegido,

Si consigue encontrar dos consonantes,

Hijo será de Apolo bendecido,

por mas que sostenga que Lope de Vega y Garcilaso fueron turcos, y aunque su obtusa imaginacion jamás haya creado una idea, entre las muchas palabras sin sentido que habrá creado.

Pero dejando aparte los dos medios infalibles de prosperar de que acabo de hacer mencion, es indudable que para todo, hasta para no saber, estudian los hombres, en el siglo de las luces. Se exceptuan de esta regla general los censores de periódicos cuando los hay, y los periodistas. Los primeros, para conocer si un escrito es subversivo, antireligioso ó inmoral, pueden salir del paso fácilmente preguntando el nombre del autor; en caso de que los antecedentes de este ofrezcan duda, se plantan al cabo de la calle con un *no puede correr*, sin que nadie les vaya á la mano, porque el *no puede correr* es la espada de Alejandro que corta todas las dificultades.

A los segundos, á los periodistas, les basta hacinar en la molliera un decente caudal de eso que se llama fraseología y saber estropear el castellano á la francesa; sobre todo deben ser pródigos de alabanzas, si han de medrar. Para un periodista, y particularmente para un *folletínista*, que sabe vivir en el mundo, todo cuanto en él existe es admirable: el que quiera adquirir una fortuna sólida y probar que la literatura ó la politica pueden convertirse en dos minas de oro, no tiene mas que elogiar los vicios ó la ignorancia de ciertos hombres, que en diversas épocas han dado en la manía de creerse perfectos: esta manía no es nueva: data de la formacion de la sociedad moderna, y al introducirse en ella la libertad de emitir libremente el pensamiento por medio de la imprenta, dió origen á los *correos*.

No voy á hablar de los *paquetes-correos*, de los *correos* que no son paquetes, de los *correos-vapores*, de los *pichones-correos*, de los *correos de gabinete*, ni de otros infinitos. Su oficio es correr para llegar pronto, y como generalmente llenan su cometido, nada tengo que ver con ellos mientras sigan corriendo, pues el que va rectamente por donde debe, nunca puede ponerse al alcance de la penca satírica. Pero entre los mencionados correos, hállos tambien intrusos, que usurpan este nombre para darse alguna importancia, que de otro modo no pueden conseguir, ó que si no lo usurpan, aplicoselo yo en gracia de la interminable carrera que han emprendido.

Nunca se puede decir, por ejemplo, fulano es un *hombre-correo*, porque la última palabra indica una familia y no un género: dícese pues con propiedad *escritor-correo* ó *correo-escritor*, frase clara y significativa, porque explica una idea exacta, de constante y continua aplicacion.

Para convencernos de esta verdad basta hojear los periódicos; todo se encóma en ellos, bueno y malo, y se encomia antes de tiempo: como el *correo-escritor* y sobre todo el *folletínista-correo* es el clarín de la fama destinado á prevenir el juicio del público; como lo previene de hecho, escribiendo, acerca del mérito de los hombres y de sus obras, cosas que, despues de examinar la mercancia, suele condenar el mismo público, es preciso que no carezca de la suficiente trastienda para quedar siempre á cubierto de las necesidades que ha escrito con el fin de hacerse amigos, es decir, apoyos para ir subiendo. Y aquí tenemos tambien el origen de las reticencias, de los equívocos y de las oraciones ambiguas, recursos que sirven de asidero al *correo-escritor* para estampar un segundo artículo, que contradice al primero, cuando se ve algún tanto estrechado por el fallo de la opinion. Esto es lo que en literatura se llama *hacer á pluma y á pelo*, y en lenguaje vulgar *comer á dos carrillos*.

Los artículos de prevencion, artículos encargados ó agradecidos de antemano, y en los cuales es requisito indispensable protestar contra toda influencia estraña, tienen asimismo sus nombres. Distingúense entre ellos los *llamativos* ó *de puff*, si se trata de una comedia nueva, los *negociables* ó *de fantasia*, si tienen por objeto enumerar las *conocidas ventajas* de ciertos establecimientos públicos, y los de *amistad* ó *compromiso*, cuando se escribe el juicio ó análisis crítico de alguna obra detestable. Todos estos artículos son propiedad esclusiva del *correo-folletínista*: no se firman, por su puesto, ni se confiesan como parto propio, pero siempre llevan al pie un pseudónimo que todos conocen, lo cual no se opone en manera alguna á que su legítimo dueño los despedace sin piedad en las redacciones de todos los periódicos, menos en las de aquellos que los publican, lo cual equivale á despedazarlos á sí mismo. En efecto, la sana critica no se toma el trabajo de matar esos engendros, porque ya sabe que mueren al nacer; su verdadero asesino es el desprecio público: sus mismos autores les dan el cachetazo abandonándolos á una suerte desgraciada, pero merecida. Los tales artículos, cuyos padres primero son mártires que confesores, por mas que la vanidad del pseudónimo los descubra, llevan tambien el nombre de *artículos-negros*, *artículos de contrabando*, tanto por lo que intrínsecamente producen, como por el secreto mal guardado que respecto á su procedencia se procura.

Sucede con frecuencia que un poeta elogia en la *gaceta* de un periódico la comedia que se va á representar y luego salimos con que la comedia es suya: entonces se convierte el poeta en *correo-Narciso*, en autor enamorado de sus propias bellezas: su artículo, ya se sabe, queda designado con el título de *imparcial*.

La *imparcialidad*, la *conviccion profunda*, el *deseo de acertar* y la *buena fé* pertenecen de derecho á la fraseología del *escritor-correo*; sin estas palabras nada se puede escribir hoy que merezca ser leído. Cuando el *correo-gaceta* anuncia pomposamente una produccion dramática, es claro que no puede manifestarse ni mas *imparcial*, ni mas *convencido* de las excelencias de la obra. El tono de esos anuncios ha de ser, para que llene su objeto, altisonante y campanudo, y corresponde al género de los peluqueros y sacamuelas franceses, cuyas estupendas habilidades empiezan á cubrir las cuartas planas de nuestros periódicos políticos. Por lo regular empiezan poco mas ó menos de este modo:

«Se ha leído, ó va á leerse muy pronto, en el Teatro Español, ó se ha presentado á la empresa del Instituto, ó Variedades, la comedia en tres actos (los tres actos buscan el diez por ciento de la ley orgánica) y en verso (ya no se escriben comedias en prosa: ¿quién no es poeta?) intitulada..... de cuyo indisputable mérito hemos oído hablar á los primeros escritores dramáticos. Estamos seguros de que dará muchas entradas, proporcionando á su joven autor, que tan brillantemente se inaugura en la difícil carrera del teatro (poco importa que las carreras se confundan) la gloria y el nombre á que le consideramos acreedor.»

Esto significa que se ha escrito una mala comedia y que su joven autor aspira á que se represente, ó cuando menos á que el círculo literario se la compre, en virtud de los encomios de la gaceta-correo. Pero á bien que el círculo literario tiene muchas mas puntas de círculo comercial y sabe muy bien donde le aprieta el zapato: por eso se paga poco de esos zurcidos dramáticos y tiene en mas el juicio del público que el de los inteligentes: aun así y todo hay sus mas y sus menos en cuanto al primero, con el cual no siempre se conforma el círculo editorial. Por lo que toca al folletín-correo, ya se sabe que por tener el derecho de leer gratis las producciones que se venden en las librerías y por dar un apretón de manos á cada autor, escribe á roso y veloso en pró de todas las obras, y cate usted aquí á los pacientísimos directores de los periódicos comprometidos á insertar esos artículos-correos, que nunca llegan al término apetecido, á interesar al público, porque ya el público ha conocido que hasta haber leído uno de ellos para enterarse del contenido de todos los demas.

Esta es precisamente la época mejor de hacerse á la vela los artículos-correos-puff; la época de los beneficios. No llega uno de estos, al cual no precedan cuatro ó seis de aquellos: forman las vanguardias de las funciones dramáticas, coreográficas y líricas, las avanzadillas que se cruzan para sorprender los rezagados bolsillos de aquellas buenas almas, que miden el mérito de lo que van á oír y ver por los incienso que han leído.

Segun las noticias de los correos-dramáticos, ó no se escriben malas producciones ó estas no se conocen en Madrid, al menos en sus teatros. Todas forman ó aumentan la reputación de sus autores; todas ocupan los estantes mas distinguidos de la república de las letras. ¡Y los estantes siempre firmes, á pesar de tan enorme peso!... Si la comedia se ha escrito en París, ahí es ella: una se ha representado ciento diez y nueve noches seguidas; otra noventa y siete; menos de ochenta ninguna. Esta alborotó; aquella nadie sabe lo que hizo, y todo, por supuesto, en París, en la capital ilustrada, y en nombrando á París, no hay mas que cerrar los ojos, creerlo y amen, porque sabido es que todo lo grande, todo lo inaudito, todo lo increíble nos viene de aquella encantada region, á cuyos adelantos debemos los pobres españoles, si hemos de creer á los folletines-correos, hasta el modo de andar.

Acontece tambien no pocas veces que el correo añade: el drama H., ha hecho furor en los principales teatros de provincia, sarcasmo horrible lanzado á las empresas de la corte, que suele ser desmentido por los anuncios de los citados teatros. Pero ¿qué importa? El drama quedó admitido; se representó admirablemente, esto ya se sabe, en la calle del Príncipe ó en la de Valverde; hubo un lleno la primera noche y el correo-gaceta dijo al siguiente día: «Por fuerza habia de gustar...» «Cuando yo aseguraba que tiene situaciones dramáticas de primer orden! Siento mucho no haber podido asistir á su estreno, pero iré esta noche sin falta.»—Pero, hombre, si fué silbado, le contesta el amigo con quien habla.—¿De veras?—Fiasco completo.—Ya.—¿Lo dudas?—No... no lo dudo precisamente, pero... sí... no lo extraño, porque ya eché de ver al leerlo que el autor ha estado poco feliz en la pintura de caracteres; además es algo floja y bastante descuidada la verificación, y luego aquellas escenas interminables.... ¿Con que silba eh? ¡Já! ¡jál! ¡jál! Que escriba, que escriba dramas el bueno de N. y que vuelva por otra.

Ya es tiempo de que nuestros autores y actores empiencen á conocer sus verdaderos intereses: el primer paso que de ellos exige el lustre de nuestra escena es el desprecio con que deben mirar los desmedidos elogios de ciertos escritores cuyas plumas parece que solo aspiran á ridiculizarlos. El anuncio de una función nueva es bastante llamativo para el público. ¿Qué importa no tener el teatro lleno la primera noche? Ya lo estará en las sucesivas, si la producción lo merece. Ensalzarla anticipadamente es engañar á ese público, es negarle hasta cierto punto el derecho de juzgar, y este engaño, esta negativa puede redundar en perjuicio del teatro nacional, que á todos nos interesa sostener.

Una elección imparcial, esmerados ensayos, acertada distribución de partes; hé aquí el verdadero modo que tienen las empresas de llamar la concurrencia á los teatros. Si no salen de esta senda tendrán al público por suyo, porque el público obedece al impulso que le imprimen la ilustración y el buen gusto: si ceden por el contrario á literarios compromisos, si continúan aceptando como oro de buena ley las

intempestivas y vergonzantes adulaciones de algunos escritores, no será extraño que solo veamos en los teatros de Madrid *farasas burlescas* por representaciones dramáticas, y por críticos juiciosos y concienzudos *folletínistas-correos*.

ABEN-ZAIDE.

## DOLORES.

### CAPITULO III.

DOLORES Y RODRIGO.

Pudiéramos lucirnos, si quisiésemos, comenzar este capítulo con la brillante descripción de las magníficas justas celebradas en Valladolid la tarde del próspero día en que recibió las aguas del bautismo el augusto heredero del trono de Castilla. Pudiéramos consignar aquí innumerables hechos que mostrasen la bravura y destreza que sabian ostentar en aquellas belicosas fiestas los nobles castellanos, y al instante se nos vendrian á la pluma cien clarísimos nombres, como Estúñiga, Arellano, Ponce de Leon, Mendoza, Guzman, Osorio, Pimentel, Manrique de Lara, Tovar, Rojas, Giron, Herrera, Enriquez, Velasco, y otros muchos que brillaban entonces en la corte de D. Juan II, y que con mayor ó menor fortuna han llegado á nuestro siglo venerables y graves, entre el confuso tropel de las modernas aristocracias. Pudiéramos dar muestras de nuestros conocimientos heráldicos describiendo menudamente los diferentes blasones que ostentaban aquel día tantos ilustres señores, y ni aun nos halláramos embarazados para hacer cumplidos retratos de las infinitas beldades que con sus dulces miradas infundian á los contendientes generoso ardimiento, premiándolo despues con riquísimas bandas bordadas por sus manos y desprendidas de su pecho.

Nada de lo que pudiéramos decir diremos sin embargo; nos hemos propuesto ser lacónicos, por lo mismo de ser rarísima esta cualidad entre los novelistas de nuestra época, que, sin exceptuar al mismo Dumas (cuyo ingenio por otra parte admiramos), tienen tan estremado placer en charlar con el pacientísimo público, que se detienen capítulos enteros en la prolífica esplanación de los mas insignificantes pormenores, rabiando por describir hasta lo que parece indescribible. ¿Ni qué decirádemas en punto á justas, torneos y otros usos característicos de la edad media, despues que andan de mano en mano los hechiceros libros de Walter Scott, el mas inteligente, el mas profundo, el mas brillante y elocuente pintor de los tiempos caballerescos? Nosotros dejamos al cuidado de tantos copiantes de brocha gorda como abundan en nuestra España, el reproducir toscamente los inimitables rasgos que nos ha trazado con milagroso pincel aquella mano maestra, y confesamos ingenuamente que, á mas de no ser tan orgullosos que intentemos igualarnos al novelista escocés, ni tan humildes que nos contentemos con copiarlo, se nos antoja creer que daríamos pruebas de inoportunos y hasta de impertinentes si pretendiéramos entretener con descripciones de marciales fiestas y de heroicas galanterías al público de nuestra actualidad; á ese público bursátil y coreográfico que pasa los días jugando á la alza ó á la baja, y las noches conteniendo por la *Guyó* por la *Fuoco*, por la *Nena*, ó por la *Vargas*: (1) de ese público, á maravilla inteligente en lo tocante á *bailables* y *bailarinas*, pero que nos engañamos mucho si fuese digno apreciador de los buenos golpes de lanza y de los platónicos amores. Y no se entienda por lo dicho que somos ciegos admiradores de las pasadas edades, ni mucho menos que intentamos declamar contra aquella en que le plugo al cielo hacernos venir al mundo. Nosotros tenemos una filosofía que nos es propia: creemos que todos los tiempos son lo que es preciso que sean, y que así como en los individuos hay defectos inherentes á sus mismas virtudes (defectos de sus cualidades como dicen los franceses), así las costumbres tienen sus males inseparables de sus bienes. No esplayaremos mas esta idea, si es que es una idea, y arrepentidos ya de habernos metido en tales honduras, volveremos á tomar sencillamente el roto hilo de nuestra verídica relación, despues de declarar con toda ingenuidad que por nuestra parte estamos mas por lo presente que por lo pasado; que nos es mas grato asistir á las contiendas en que las siflidas del Olana y de Sena se disputan admirablemente la supremacía en lijereza y habilidad pedestre, que nos hubiera placido ser espectadores de aquellas luchas muchas veces sangrientas, en las que se aplaudian las lanzadas como ahora se aplauden las piruetas. Entonces era el reinado de los brazos; á

(1) Estas páginas se escribían en el periodo de mayor entusiasmo que ha alcanzado el baile en nuestra coronada villa: en aquellos, por fortuna ya pasados días, en que el teatro Español se veía desierto; el de la ópera no existía, y el público en tropel se disputaba las localidades del Circo, donde cada noche recibían inauditas y costosas ovaciones las dos célebres bailarinas extranjeras que arriba mencionamos; mientras sus compañeras españolas alcanzaban tambien inequívocas muestras de favor por parte de los asistentes al modesto teatro del Instituto. La *vog* del baile ha pasado: las deidades coreográficas yacen caídas de sus altares. Nosotros no podemos menos de alegrarnos de que las líneas que motivan esta nota salgan á luz siendo ya inoportunas.

nosotros nos toca la soberanía de los pies; acaso llegue tiempo en que tenga su turno la cabeza, y no sabemos si cuando esta consiga el centro irán las cosas mejor de lo que han ido hasta aquí. Sea de ello lo que fuere, nosotros rogamos al lector que se sirva atender á los antecedentes de que queremos instruirlo, primero que pasar adelante en el comenzado relato.

Cuatro meses antes del día que nos ha prestado argumento para los precedentes capítulos, la casualidad reunió en un sarao con que celebraba sus bodas D. Juan de Avellaneda, á la hija de los condes de Castro y al sobrino del condestable de Castilla. La casualidad los reunió una vez, y el amor supo proporcionarles desde entonces otros muchos encuentros que á los ojos indiferentes también pudieran pasar por eventuales.

Hasta el momento en que vió por primera vez á la peregrina doncella, había sido el joven Luna infatigable galanteador de cuantas bellezas brillaban en la corte, y aun en regiones menos elevadas, alcanzando, no obstante sus pocos años y sus gustos literarios, la poco envidiable fama de calavera y libertino, que solo tenía por fundamento los multiplicados cuanto pasajeros devaneos á que se había ávidamente entregado en aquellos primeros años de su precoz juventud. Pero conocer á Dolores y amarla, con aquel amor, único en la vida, que termina de golpe todas las veleidades é incertidumbres del corazón, había sido para Rodrigo la obra de un solo instante. Ella, por su parte, que no conocía otros afectos que los de la piedad religiosa y aquellos que inspira la familia, experimentó nuevas y extraordinarias sensaciones al encontrar su tímida mirada la mirada ardiente del enamorado mancebo, y toda la instintiva resistencia del recato virginal no pudo preservarla de amarlo con entusiasmo, como aman generalmente las almas que no se han marchitado todavía, que no han adquirido en la amarga escuela de la experiencia aquella desencantadora desconfianza que estiende su imperio hasta sobre el propio corazón, haciéndolos dudar no solamente de lo que inspiramos, sino también de lo que sentimos.

Dolores alimentaba en su pecho todas las dulces ilusiones de una primera pasión, que nada teme porque se siente fuerte; que en todo cree porque tiene fe en sí misma; y que no previendo la posibilidad de su fin, llega á olvidarse de su reciente principio, haciéndose como inata é inseparable de la vida.

Pero, á pesar de todo, Dolores no dejaba de comprender que su unión con el que amaba debía encontrar obstáculo en la altivez de su familia, y en especial de su madre, en cuya alma era el orgullo la pasión enérgica y dominante.

Rodrigo, mas feliz, no pensaba lo mismo. Aunque bastante enamorado para conceptuarse indigno de un tesoro como Dolores, lisonjébase con la idea de que conseguiría su mano, fundando aquella grata esperanza en el ilustre apellido que llevaba, en la no despreciable hacienda que poseía, y en tener por protector y pariente al personaje que mas que don Juan II gobernaba en Castilla. Olvidaba el amante la circunstancia que mas preocupaba á su querida para infundirle temores: olvidaba que tanto él como su encumbrado deudo debían la existencia á mujeres de infima clase y de no honesta nombradía, á las que sus nobles y libertinos amantes jamás habían honrado con el título de esposas. Acaso no comprendía Rodrigo toda la importancia que debía tener aquella triste circunstancia á los ojos de la ilustre familia con quien deseaba enlazarse, ó acaso el alto favor de su tío le parecía una ventaja suficiente á compensar satisfactoriamente la falta que le plugo al destino poner en su nacimiento. Mas Dolores, como ya indicamos, no participaba de las mismas creencias: allígiala la certeza de su elección no alcanzaria fácilmente el beneplácito de su padre, y temblaba al pensar en el carácter de su madre, mujer capaz de arrancarse el corazón con sus propias manos antes que dejarle abrigar cualquier sentimiento indigno de su orgullo indomable ó contrario á su razón inflexible.

La joven se dijo á sí misma primero, y después á su amante, que era absolutamente preciso confiar sus amores al privado, y que éste les alcanzase la protección del rey, única que en concepto de Dolores podía allanar todos los inconvenientes, llevando á feliz puerto sus combatidas esperanzas. Rodrigo, siguiendo tan prudente consejo, abrió su alma al condestable, y vió con indecible regocijo que era acogida su confidencia con indudables muestras de satisfacción y agrado. En efecto, la unión de su sobrino con la hija de los condes de Castro parecía un pensamiento dictado por su política. Conocía muy bien don Alvaro la poca confianza que debe cimentarse en la amistad de los príncipes: no se le ocultaban tampoco los peligros de su situación, y aunque no bramaba todavía la tempestad que le arrojó mas tarde de la cima del mas escandaloso poder al abismo profundo de la mas inconcebible desgracia, veíala el favorito formarse ya sobre su cabeza, y agitarse y extenderse sordamente con una rapidez que anunciaba no estaba lejano el momento de su primer estallido. El adelantado don Diego Gomez de Sandoval no era solamente uno de los gefes mesnaderos

mas poderosos del reino; no era solamente un personaje de la primera distinción enlazado con muchas familias de alta importancia é influencia; era, además de todo, el consejero mas íntimo y respetado de don Juan de Aragon, cabeza y alma del partido mas temible que en contra del condestable comenzaba á organizarse en Castilla. Unir su familia con la de aquel magnate debía juzgarse acto de grande acierto por parte de don Alvaro, y aquel enlace tan ventajoso en el sentido político, no lo era menos bajo el aspecto social, pues por la fortuna como por el nacimiento Dolores Gomez de Sandoval era uno de los mas brillantes partidos de Castilla.

El lector comprenderá, por tanto, sin necesidad de mayores explicaciones, que el condestable no descuidó en manera alguna los tíernos votos de su joven pariente, y ya hemos visto que supo disponer, nada menos que por real, orden el casamiento de los dos amantes que con tanto acierto le habían confiado su destino.

Dolores, que esperando el resultado de los sucesos preparados para aquel día, no se apartó de las imágenes de su devoción mientras duró la ausencia de sus padres, contaba unas tras otras las horas con dolorosa impaciencia, cuando vino á interrumpir sus oraciones y á distraerla momentáneamente de sus pensamientos su dueña Mari-García. Era esta una mujer de cuarenta y ocho á cincuenta años, alta, enjuta, acartonada, de aspecto tan poco femenino, que á primera vista se la podía tomar por un hombre disfrazado con traje del otro sexo: pare mas corroborar esta idea, presentaba la parte inferior de su anguloso semblante algunos vellos tan robustos y ásperos que estaban clamando el auxilio de la navaja, y tenía su voz unos sonidos tan broncos y tan duros, que mas parecía propia para mandar la maniobra de un buque que para dictar consejos á una niña. Pero si en lo físico disimulaba perfectamente que era mujer la dueña Mari-García, descubriálo en lo moral, pues era imposible hallar otra mas curiosa entre las hijas de Eva, asociando á esta cualidad la de regañona, antojadiza y parlara. A pesar de esto último poseía la completa confianza de sus amos, lo que nos obliga á creer que su locuacidad no perjudicaba en lo mas mínimo á su discreción y reserva.

Entró aquella mujer muy despacito en el aposento de Dolores; empujó suavemente la puerta del oratorio, y asomó su barbuda cara, al mismo tiempo que la joven, que se mantenía de rodillas delante de su altar, volvía con prontitud hacia ella sus bellísimos ojos, alarmada por el leve rumor producido por las pisadas de la dueña.

Soy yo, dijo ésta, procurando sonreírse. ¿Es posible que os halle de esa manera todavía? Bien está que no quisiérais acompañar á vuestros padres á la ceremonia del bautizo y al banquete real, puesto que no os sentiais muy buena en las primeras horas de la mañana; pero teneis ahora un semblante de salud que encanta la vista, y me parece que es tiempo de que penseis en vuestras galas. No presumo que querais también privaros de asistir á las justas, no teniendo que hacer mas para verlas que poneros al balcón; precisamente frente por frente de él está el tablado lujosamente vestido en que presenciareis la fiesta S. A. don Juan II; y os advierto que muchas damas convidadas por la condesa vendrán á casa esta tarde. Como en la presente estación son estas tan cortas, el banquete deberá concluirse muy pronto: creo que estaba dispuesto para la una en punto, y van á dar las tres, á cuya hora se debe abrir el palenque: mirad pues si es preciso que trateis de aderezaros.

—¡Las tres ya! murmuró Dolores. El rey habrá hablado ya precisamente. ¡Ya lo sabrán todo!

La dueña, que no entendió una palabra de las que entre dientes articuló la joven, sacó de un guarda-ropa un hermoso vestido azul celeste y lo desplegó á su vista, diciendo con mal humor: tanto rezar no conduce á nada: no es sordo ni olvidadizo Dios nuestro Señor para que sea menester hablarle incesantemente de una misma cosa. ¿Queréis este traje? Si no, podeis lucir hoy la rica saya de velludo que os regaló vuestro tío hace tres meses, el día que cumplisteis 16 años, y que todavía no ha tenido el gusto de veros nunca.

Dolores se puso en pié sacudiendo con aire melancólico su profusa cabellera color de castaña, y dijo con dulce voz, pero con tono mohino: No estoy para fiestas, mi buena María. Después que venga mi madre, después que la haya visto, entonces tal vez me animaré mas y pensaré en las justas. Dejadme ahora tranquila: os lo suplico.

—Pero cuando venga la condesa, replicó la García, mas enojada aun, ya no será tiempo de vestiros. ¡Válgame Dios con una niña de 16 años que no gusta de atavíos! Pero no, á mí no me hareis creer, como á vuestra madre, que lo que tanto os preocupa es el deseo de meteros monja: no por cierto: no se me ha pasado por alto la causa verdadera de esas cavilaciones, y os digo que vale cien veces mas vuestro primo Gutierre de Sandoval, que el mancebito de los cabellos rizados que siempre anda rondando por la plaza y acechando nuestros balcones.

Dolores se inmóvil; pero antes de que tuviese tiempo de responder á la dueña, repentino rumor de pasos y de voces vino á llamar poderosamente la atención de ambas.

—¡Son los condes! exclamó Mari-García, saltando sobre una silla el vestido que tenía en la mano.

—¡Mis padres! repitió por tres veces la joven, temblando de pies á cabeza y poniéndose mas blanca que la cera.

Corro á recibir á la señora, dijo la dueña: bueno será su humor cuando sepa que estais así todavía.

Y salió en efecto cuidándose poco del aspecto verdaderamente alarmante que presentaba Dolores. Quedóse esta por espacio de diez minutos inmóvil en su sitio, toda absorta en escuchar: pero nada se oía. El ruido causado por la llegada de los condes se había ido calmando progresivamente.

La joven no pudo resistir su dolorosa ansiedad y salió de puntillas hasta los corredores. Estaban desiertos, y siguió andando cautelosamente sin saber ella misma á donde se dirigía.

Mari-García, que la había dejado tan bruscamente pensando que su ama vendría bastante complacida para encontrarse dispuesta á soportar su charla y á contentar algún tanto su curiosidad refiriendo circunstancias del banquete regio, se había hallado tan chasqueada en su esperanza, que tuvo á bien recurrir á los escuderos para saber algo, y la condesa y su marido se encerraron solos en el gabinete particular que tenía destinado á su tocador aquella dama.

Dolores, no encontrando á nadie, atravesó algunas salas de aquella vastísima casa y se halló casualmente delante de la puerta del gabinete mencionado, percibiendo entonces la voz de una persona que hablaba dentro, y que reconoció al punto. Se acercó temblando y casi sin respirar hasta la puerta, y pudo escuchar bastante distintamente el diálogo siguiente:

—Os repito, decía doña Beatriz en el instante en que Dolores aplicaba el oído á la cerraja, os repito que es una burla indecente, un ultraje premeditado. Bien sabe el rey que nos es imposible aceptar tan vergonzoso enlace: pero se ha querido escarnecernos, don Diego: se ha querido humillarnos á la faz de la corte.

—Os engañais, Beatriz, respondió el adelantado. Don Juan II está sobrado ciego para poder medir la distancia que separa á Rodrigo de Luna de la hija de los condes de Castro: ha creído sinceramente que nos hacía honor al proponer esa alianza. Además ¿no ha visto á os Portocarreros darse por muy felices en emparentar con el hijo de la prostituta de Cañete?

—¡Miserables! exclamó doña Beatriz con tono de desprecio inimitable, añadiendo en seguida: El rey debe comprender que los Sandoval y las Avellaneda no se semejan en nada á los Portocarreros, ó cualesquiera otros para quienes el caprichoso favor de un príncipe débil sea suficiente á prestar valía á oscuros advenedizos, dándoles el derecho de igualarse con ellos.

—El rey, repuso con amargo acento don Diego, no piensa en cosa alguna, como no sea en complacer á su privado. ¡Rodrigo de Luna! añadió: no podía S. A. haber escogido á mi hija un esposo que me fuese menos agradable y que seguramente mereciera mas la desaprobación del infante. ¿Que dirá don Juan de Aragón de semejante casamiento?

—¿Pues es acaso posible? prorumpió la condesa: ¿pensais que ese casamiento debe verificarse?

—Señora, respondió el adelantado: nací vasallo del rey de Castilla, y bien sabéis que ha sido *orden* suya, *orden terminante*, que ese enlace se realice.

—La potestad del rey no se estiende á tanto, exclamó con voz trémula de cólera la altiva doña Beatriz: no es dueño el rey del honor de sus súbditos: no puede mandar que se inflamen por dar gusto solamente á su ambicioso favorito. Así se lo direis á S. A., don Diego: así se lo direis.

—Cuando se agita en vos el orgullo jamás escuchais á la prudencia, dijo el adelantado. Beatriz, lo que estais diciendo es un desatino. Yo hablaré con el infante: buscaré medios honrosos y dignos de evadir el terrible empeño en que nos vemos metidos; pero mientras tanto es preciso disimular y mostrar á todos el profundo respeto con que acogemos las órdenes del monarca.

—¡Nunca! ¡nunca disimularé la indignación justísima que siento! gritó fuera de sí la condesa. Nadie podrá presumir un solo instante que he aceptado con sumisión la ignominiosa propuesta de esa indigna alianza. Tenedlo entendido, don Diego, y obrad como queráis, pero en el concepto seguro de que antes mataría á mi hija que dársela por esposa al hijo ilegítimo de la verdulera de Tordesillas.

Un grito lastimero y hondo siguió inmediatamente á esta declaración de la condesa: oyose al mismo tiempo el golpe de un cuerpo contra el pavimento al otro lado de la puerta que separaba aquella estancia de la contigua, y al abrirla asustados los condes hallaron á Dolores fría y sin conocimiento delante del umbral que ensangrentaba su herida y desmelenada cabeza.

—¡Nos estaba escuchando! exclamó el adelantado bajándose para tomarla en sus brazos. Nos estaba escuchando, y el estado en que la vemos nos prueba la verdad de lo que asegura el rey.

—¿Qué asegura el rey? preguntó toda trémula la condesa, mientras limpiaba con su pañuelo la ensangrentada frente de su hija.

Que esta infeliz ama á Rodrigo, contestó don Diego: que el marido que él la da es el escogido por ella.

Doña Beatriz se apartó de Dolores con gesto de repugnancia y horror, y en tanto que á las voces del conde acudían los criados de la casa y le ayudaban á trasportar al lecho á la pobre niña, aquella mujer orgullosa retrocediendo hasta el fondo del gabinete se dejó caer desplomada en un sillón, cubriéndose el rostro con las manos y articulando con ahogado acento. —¡Muera en buen hora si es cierto que lo ama!

(Continuará.)—G. G. DE AVELLANEDA.

## LA CANCELA.

Peculiar es de Sevilla, de la encantada ciudad que del Betis en la orilla es el emporio y la silla de la gracia y la beldad;

La primorosa *Cancela*, que el patio y portal divide, y es transparente cautela que contra importunos vela, y que la vista no impide.

¿De quién será la invención?

de alguna vieja curiosa.....  
de alguna madre celosa.....  
Lo que yo sé es que un ladrón no pudo inventar tal cosa.

¿Si será red que tendió el amor sagaz y astuto?  
Al ver que es de hierro, no cabe casi duda, yo por red de amor la reputo.

Y red tan particular, de malicia tan artera, que se suelen enredar en ella de almas un par, una dentro y otra fuera.

Delicadísimo encaje de hierro, cuyas labores, transparente cortinaje ó leve y sutil celaje

son para unos amadores;

Mientras para otro son muro de fuerte cárcel impía: tú para mi fantasía producto eres de un conjuro, un cuadro de hechicería.

En la noche sobre todo, que es de portentosa esfera, véate de cualquier modo: para observarte acomodo tome ya dentro ó ya fuera.

Desde la calle se ven por tu espacio transparente á una luz resplandeciente, cual no la logró el Edén ni la dá el sol en Oriente.

Columnas de mármol rico, y entre arbustos y entre flores de vivísimos colores, una fuente, cuyo pico de plata, murmura amores.

Y allá en sombras misteriosas en el último conlín, un fresco oscuro jardín, donde estrellas olorosas son las flores de un jazmín;

Y entre fragancia y frescura suele darnos la cancela una voz sonora y pura, que sus acentos mesura con el clave ó la vihuela.

Y el apacible murmullo de tertulia bulliciosa, y la vista de una hermosa de las que son el orgullo de esta tierra deliciosa.

Como sílfida del aire  
por el pátio cruza levé,  
con talle esbelto, pié breve,  
y con andaluz donaire  
que en fuego torna la nieve.  
¿Y si una aparición tal  
se acerca con interés  
á la Cancela y portal,  
de qué misero mortal  
no arrastra el alma y los pies?

Pues desde el patio mirada  
la cancela transparente  
es cosa muy diferente,  
mas no menos encantada  
para el que observarle intente.

Se presenta un cuadro á oscuras  
por do cruzan silenciosas,  
vagas, confusas, borrosas,  
mil fantásticas figuras  
de apariencias caprichosas.

Y en donde se vé la noche  
y se escuchan sus murmullos,  
de las auras los arrullos,  
lejano rumor de un coche  
y ladridos y mañulllos.

Pasa como fátuo fuego  
de algun sereno la luz,  
un grupo sin formas luego,  
y con pausado sosiego  
un embozado andaluz.

Y la chispa de un cigarro,  
un bulto blanco y ligero,  
el Santo Oficio, el animero,  
y los cántaros y el carro  
del aguador callejero.

Y gente se oye que pasa  
fatigada de paseo,  
y la charla nada escasa,  
en muy sabroso *ceceo*,  
de familia que va á casa.

De una puerta el aldabon....  
una guitarra.... un síbido....  
en fin, de la confusión  
de una inmensa poblacion  
el soñoliento ruido.

Acaso un bulto se vé  
allá en la pared de enfrente,  
que aguarda inmóvil á que esté  
sola la casa, porque  
le es importuna la gente.

Y en cuanto solo se mira,  
tímido hácia la Cancela  
ya se acerca y se retira,  
ya linje tós, ya suspira,  
y esperar le desconsuela.

Hasta que dentro la hermosa  
sílfida ó aparición,  
que tambien una ocasion  
está esperando anhelosa  
con inquieto corazón;

De la tertulia pesada  
cuando irse al último vé,  
y solo el pátio, porque  
al gazpacho ú ensalada  
toda la familia fué,

Lo encuentra, la seña dá,  
y linda se deja ver  
mas bien ángel que mujer,  
para el que esperando está  
cansado de padecer.

Entonce el bulto de afuera,  
y de adentro la deidad,  
van á unirse de carrera,  
y la red de hierro artera  
se atraviesa sin piedad.

Y ambos que blando algodón  
se torne la dura reja,  
á quien dan su maldicion,  
piden al amor, que deja  
las cosas como ellas son.

EL DUQUE DE RIVAS.



(Francia.—Castillo de Foix.)